

# CAPRICHIO DE UN FANTASMA

PRIMERA PARTE: CUANDO  
CALLAN LAS ALMAS

UNA NOVELA DE  
ARLENE SABARIS



Arlene Sabaris

**Capricho De Un Fantasma**

«Tektime S.r.l.s.»

**Sabaris A.**

Capricho De Un Fantasma / A. Sabaris — «Tektime S.r.l.s.»,

## Содержание

Capítulo 1	6
Capítulo 2	7
Capítulo 3	9
Capítulo 4	11
Capítulo 5	13
Capítulo 6	15
Capítulo 7	17
Capítulo 8	19
Capítulo 9	21
Capítulo 10	23
Capítulo 11	25
Capítulo 12	27
Конец ознакомительного фрагмента.	28

**Capricho de un fantasma**  
**Primera Parte**  
**Cuando Callan las Almas**  
**Por Arlene Sabaris**

## Capítulo 1

El antiguo reloj de pared marcaba las siete de la noche. Aquella inmensa casa parecía susurrar por los pasillos su propia historia. Mientras tanto, Virginia tomaba su tercera taza de té de menta e intentaba redactar por última vez el informe que debía enviar antes de medianoche. No era una tarea sencilla pensar en el trabajo sabiendo que a sólo unos pasos estaba el

La habitación pintada totalmente de blanco le transmitía paz; la vista desde su balcón a la piscina de la hermosa villa campestre invitaba a un chapuzón y sus dedos inquietos sobre el teclado le sugerían que le enviara un mensaje de texto a su vecino del cuarto de al lado. Escogió la paz

Siguió intentando despejar sus pensamientos, meditó unos minutos y volvió al teclado. Finalmente, cerca de las ocho de la noche, logró enviar el correo electrónico que esperaban en su oficina y pudo cerrar con entusiasmo la computadora. Le dio el último sorbo a su cuarta taza de té y el sabor familiar de la menta le recordó aquellos tiempos felices de mojitos y margaritas, cuando las risas escondidas con sus amigas eran la orden del día y las historias graciosas sobre estrellas que se van al infinito alumbraban las madrugadas, mientras caminaban en la Zona Colonial de una fiesta a otra. Ella nunca fue una chica de fiestas, pero sí una apasionada de la música, disfrutaba cada canción e incluso de cada pausa, los claxon de conductores impacientes y hasta la melodía que parecía provenir de la brisa acariciando los muros de piedra colonial que encerraban terribles fantasmas sus propios fantasmas.

El sonido de unos pasos agitados interrumpió sus pensamientos y se quedó atenta esperando a que alguien llamara a la puerta de su habitación, pero no pasó nada. Se recostó una vez más en la inmensa cama con sábanas blancas y olor a flores frescas. Sintió que alguien pasaba cerca de su puerta y pensó que quizá había sido una empleada de la casa. Regresó a soñar despierta con su recién abandonada juventud apenas pasaron unos instantes cuando el sonido de los pasos la hizo incorporarse. Esta vez puso más atención y su corazón dio un salto cuando escuchó que tocaban la puerta y la llamaban por su nombre.

¿Virginia? Soy yo, André. Puedo pasar?

¡Sí! Pasa.

Voy a salir a cenar, ¿quieres ir?

¡Sí! Me muero de hambre! Salgo en un momento.

El mundo siguió girando, a pesar de que se había parado por un instante o, mejor dicho, por dos: primero para André, que había tenido que armarse de valor para tocar la puerta después de su primer intento fallido. Luego se detuvo para Virginia, que dejó de respirar cuando escuchó la voz de André atravesar la puerta. Imposible saber quién intentaba parecer más indiferente o quién estaba más enamorado; su historia era indescifrable a sus propios ojos y a ojos de cualquier espectador. La casa de playa donde estaban hospedados era el escenario ideal para definir hacia donde iría su relación, quizá había llegado el momento de que descubrieran qué pasaba entre ellos y por qué, aunque se conocían desde hacía mucho, habían sido incapaces de mirarse a los ojos el tiempo suficiente para descubrir sus verdaderas intenciones.

Tendrán dos días y dos noches completas solos en esa casa, pues el resto de los invitados no llegarán hasta el fin de semana, así que esa noche del miércoles será la primera vez que se sentarán a cenar sin que hubiera nadie en medio porque juntos habían salido muchas veces, pero, ¿solos? ¡Solos jamás! Quizá eso les ayudaría a desenmarañar su historia; nunca habían estado solos, algo superior a ellos dos lo había estado impidiendo todos estos años. Quizá ese algo no había venido a la playa! Quizá por fin podrán mirarse a los ojos!

## Capítulo 2

Sus ojos café brillaban irresistibles esa noche, pensó ella, a pesar de que apenas y levantó la vista. Se incorporó y decidió cambiarse los pantalones cortos y la camiseta que llevaba por un vestido de playa con flores lilas y azules que llegaba al tobillo, el vaivén de su ancha falda imitaba el movimiento de las olas. También se puso unas sandalias azules adecuadas para caminar en la arena y un bolso diminuto donde apenas cabía su teléfono celular. El cabello, ahora largo a media espalda, un poco distinto a como lo llevaba cuando se conocieron, estaba recogido en el inicio de su cuello con sencillez; no quería parecer muy arreglada. Salí del cuarto y caminé por el pasillo escudriñando los cuadros en las paredes y procurando no hacer ruido. Sabía que ellos eran los únicos en la casa, pero la costumbre de salir de casa a hurtadillas de su hija pudo más y se dirigí con sigilo a la sala. Allí lo encontré sentado con la impaciencia típica de los hombres cuando tienen hambre, moviendo la rodilla derecha descontroladamente y mirando el reloj de pulsera que apenas marcaba diez minutos desde la última vez que se vieron.

«Podemos irnos!» «Estoy lista!» «¿Dónde quieres cenar?»

«Por fin!» «La molestas», como siempre hacía «Lo que quieras, podemos ir al restaurante que está en La Marina.»

«De acuerdo.»

La villa donde estaban hospedados pertenecía al lujoso y popular complejo vacacional Villas Paraíso, que se erguía presuntuoso en la línea de playa de Las Galeras en la península de Samaná. Muchos famosos celebridades tenían propiedades allí, por lo que encontrarse a algún actor en la playa era cosa de todos los días. También las familias de alto abolengo disfrutaban los fines de semana en sus villas privadas, respirando aire fresco mientras las aguas del cristalino océano Atlántico se mecían a sus pies y el sol en eterno verano del Caribe Tropical bronceaba sus espaldas. En Villas Paraíso al traspasar la entrada principal viajabas a una dimensión paralela donde no había cuentas que saldar; solo estaban el mar, la música, las piñatas dulces, las copas de vino y té. Un verdadero paraíso tropical donde no pasaba nada pero a la vez podía pasar cualquier cosa; el cielo era literalmente el límite.

Andrés y Virginia salieron sin prisa, subieron al carrito de golf en el que podían trasladarse dentro del complejo y se dirigieron al restaurante. Él conducía y ella pretendía mirar el paisaje. Hablaron del clima, como era de esperarse, y finalmente, para hacer más ameno el camino, ella le preguntó qué le parecía el novio. «Cierto, estaban allí por una boda, la de una amiga en común. Iveth se había casado y divorciado muy joven y ahora había encontrado el amor en Gastón, un joven fotógrafo muchos años menor que ella, a quien había conocido en sus clases de Yoga. Era un chico apuesto y caballeroso que había nacido y vivido en Grenoble, Francia, hasta el traslado de su padre a la República Dominicana en una misión diplomática el año anterior. Se había instalado con su familia, compuesta solamente por Gastón y su madre, Elise. Recién graduado en Periodismo por la prestigiosa universidad de su ciudad natal, había hecho también estudios especializados en fotografía, por lo que encontré quehacer rápidamente y abrí un estudio fotográfico especializado en exteriores. Hablaba, además del francés, un español fluido, un portugués respetable y un inglés vergonzoso. Todo un galán. Como hubiese dicho la tía Esther, si ella tuviera 20 años menos!» En fin, Iveth y Gastón llevaban juntos unos seis meses cuando decidieron casarse y allí estaban todos unos meses después, esperando a los invitados internacionales, a los familiares y amigos cercanos de la pareja. Un grupo de amigos de la novia decidió rentar una villa y la organizadora de la boda, una chica simpática llamada Lourdes, se encargó de gestionarla. Cuando Andrés recibió su llamada para que confirmara si iba acompañado y si podía compartir habitación, él le dijo que iría solo y que no necesitaba alojamiento, pues usaría la villa de sus padres. De inmediato, ella le preguntó si podía cederle

lugar allí para guardar algunas cosas en los días previos a la celebración y si había espacio para acoger a algunos invitados de emergencia, a lo que él respondió que estaría allí desde el lunes para gestionar algunos temas de mantenimiento, por lo que estaba a la orden si necesitaba algo.

Esta boda tenía un itinerario largo, pues primero habría un ensayo el jueves, luego una cena de compromiso el viernes y, finalmente, la celebración sería el sábado. Algunos invitados llegarían desde el miércoles para el ensayo, por eso Virginia estaba allí, era una de las damas de honor y debía traer desde la ciudad todo el ajuar de la novia y otros encargos. Lourdes no tenía villas contratadas hasta el jueves, así que cuando ella llegó, debía alojarse en la villa de Andrés.

Cuando sus miradas se cruzaron en la puerta, se dieron el susto de sus vidas. Ninguno de los dos estaba esperando encontrarse con el otro, él no sabía quién era la visita que iba a alojar y ella no sabía que iba a alojarse con él. Ambos querían la cabeza de Lourdes en aquel momento. Casi dos años sin verse cara a cara y encontrarse así de repente, sin tiempo para pensar un saludo adecuado. Se verían en la boda, eso estaba claro, ambos lo sabían, pero había tiempo y alcohol suficientes para preparar el momento. Ahora, frente a frente, en el recibidor de la villa diecisiete, las palabras no les salían, el tiempo se hizo infinito y una fina llovizna de verano comenzó a caer ese veintiuno de junio a las dos de la tarde. Este día de solsticio sería muy largo.



## Capítulo 3

Llueve a cántaros en la carretera de camino a Samaná, pasa del mediodía y Virginia solo piensa en llegar a la villa, entregar los paquetes que le encargaron llevar a la organizadora y sentarse a escribir el informe que esperan en su oficina. Su empresa de asesoría inmobiliaria está asociada a una multinacional a la que debe rendir informes cada mes y, a pesar de que el de junio no se vence hasta el viernes veintitrés, debido a los días feriados de *La Fête nationale du Québec*, su casa matriz solamente recibirá informes hasta el miércoles veintiuno. Las horas en carretera la habían aburrido inmensamente. Se habían pasado las tres horas del camino desde la capital ensayando una conversación imaginaria con Andrés, en la que él respondía justo las líneas que ella había redactado en su cabeza para él; enfrentaban sus fantasmas del pasado y quedaban como amigos por y para siempre. Sin silencios incómodos, sin confesiones inconclusas y, sobretodo, sin ilusiones. Sería inevitable verlo en la boda o inclusive antes, así que debía estar lista.

Lourdes esperaba las decoraciones con ansias y la habían llamado un par de veces para comentarle que tenía el alojamiento listo, que ya estaba esperándola en la Villa 17 para recoger todo y que ella no tuviera que moverse innecesariamente. Aparcaba al lado de un jeep negro en el estacionamiento de la casa; en la entrada, en un auto dorado, estaba recostada una chica agitada y ansiosa que esperaba hablando por teléfono con algún suplidor. Se emocionaba al ver entrar a Virginia y la abordaba enseguida a la vez que instruía a un pobre chico que la acompañaba a que sacara todo del auto, pues los estaban esperando en alguna parte.

«Aquí estarás alojada, Virginia, al menos hasta el sábado, que ya debes trasladarte a la villa de la novia. ¡Gracias por venir antes, has salvado mi vida!» exclamó Lourdes, emocionada.

«¿Entonces estaré sola acá hasta el viernes? ¿Hay empleados durmiendo aquí?» preguntó Virginia mientras se adentraban en los jardines de la casa para alcanzar el timbre.

«Oh, no! No estarás completamente sola, quiero decir! No te preocupes, los empleados no duermen en la casa, pero el dueño sí, seguro que se conocen; estás invitado a la boda» dijo Lourdes entusiasta mientras tocaba la puerta.

«¡Ya va!» gritó Andrés desde dentro mientras abría la puerta.

«Aquí dejo a la huésped! Gracias de nuevo por tu hospitalidad. Debo irme, así que los veo luego a ambos. ¡Ciao!» se despidió apresurada Lourdes alejándose hacia el auto.

Mientras tanto, Virginia, con los nervios de punta, parada frente a él, con la computadora colgada de un hombro, la maleta a su lado en el suelo y las manos llenas de vestidos cuidadosamente guardados en sus protectores, apenas y lo saludó con un:

«Hola, ¿no sabías que esta era tu casa!»

«Yo tampoco sabía que eras mi huésped!» Necesitas ayuda? dijo él tomando la maleta y señalando la computadora.

Ella no contestó y se limitó a seguirlo. Se veía igual que antes. ¿O más guapo? Ese último matrimonio definitivamente le había hecho bien, parecía que terminara apenas dos años después. Definitivamente no le había afectado, no se veía triste para ser alguien que recién se había divorciado cinco o seis meses antes. ¡Cuántas cosas pasaron por su cabeza mientras caminaban hacia la habitación! «Estoy muy callada», pensó, y decidió hacer un comentario sobre el clima. ¡Parecía muy confundido de que ella estuviera allí-, así que tal vez también estaba nervioso, ¿o quizá no? Virginia nunca había sido buena para saber lo que él pensaba! Si tan solo lo hubiera sido!

Afuera, la fina llovizna había dado paso a un sol radiante que se reflejaba en la piscina. Toda la sala parecía una extensión del jardín trasero, pues las inmensas paredes de cristal que separaban la casa del patio no tenían cortinas. La luz inundaba la casa y los verdes paisajes del jardín trasero

integraban la naturaleza con el vanguardismo, mientras el olor a vainilla desatado en el ambiente le recordÃ³ a Virginia que necesitaba un cafÃ©.

Recorrieron juntos el pasillo. La casa tenÃ­a dos habitaciones en el primer piso y dos mÃ¡s en el segundo. Una mezzanina con vista a la piscina alojaba una terraza adornada con jardines verticales, una romÃ¡ntica y diminuta pÃ©rgola de madera, hamacas gemelas y la imperdible vista de la bahÃ­a. Ãl la condujo a una habitaciÃ³n del primer piso mientras le indicaba que Ãl estaba en la de al lado, ya que arriba estaban reparando los baÃ±os y no terminarÃ­an hasta el dÃ­a siguiente. Su cuarto con amplias ventanas tambiÃ©n olÃ­a a vainilla y volviÃ³ a pensar en el cafÃ©, esta vez fue mÃ¡s atrevida y se lo pidiÃ³ sin titubeos a su anfitriÃ³n, que inmediatamente la llevÃ³ a la cocina y aprovechÃ³ para mostrarle el resto de la casa.

CafÃ© en mano, subieron a la mezzanina, a la cual se accedÃ­a desde la sala y, tras ver las hamacas, pensÃ³ que ese era su lugar favorito en la casa, hasta que recordÃ³ que aÃ±o debÃ­a enviar aquel informe. Sus pensamientos de plÃ¡cido descanso se esfumaron en un santiamÃ©n. Le agradeciÃ³ el cafÃ© y le dijo que debÃ­a trabajar. Bajaron las escaleras en silencio y al llegar al salÃ³n, AndrÃ©s se sentÃ³ en el sofÃ¡ y tomÃ³ el control del televisor.

âÂ¿Quieres que te avise para salir a cenar? MarilÃ© se marcha a las seis de la tardeâdijo AndrÃ©s, refiriÃ©ndose a la chica encargada de la cocina.

âSÃ­, claro. Espero terminar este informe prontoârespondiÃ³ Virginia mirando su reloj, que ya marcaba las tres de la tarde.

Se marchÃ³ al cuarto, cafÃ© en mano. Al entrar, buscÃ³ su computadora y un lugar para colocarla. DivisÃ³ un escritorio blanco donde reposaban una mÃ¡quina de cafÃ© elÃ©ctrica que no habÃ­a visto antes, ademÃ¡s de cafÃ© y tÃ©s variados listos para preparar y dos tazas de fina porcelana a juego con el papel tapiz primaveral de la habitaciÃ³n. Definitivamente este lugar habÃ­a sido decorado por y para una mujer. TerminÃ³ de beber su cafÃ©, encendiÃ³ la computadora, comenzÃ³ a escribir y se sirviÃ³ su primera taza de tÃ© de menta.

## Capítulo 4

Una leve sonrisa se dibujó en su rostro cuando escuchó la noticia de la boda. Siempre había apreciado a Iveth y sabía cuánto había sufrido en su primer matrimonio; su amistad había durado ya muchos años. Se habían conocido en la agencia de viajes donde primero habían sido compañeros y de la que ella ahora era gerente general. Fue en esa agencia de viajes donde él había visto a Virginia por primera vez hacía poco más de diez años. La recordaba con el cabello negro y corto bordeando sus hombros, un traje sastre gris y su voz melodiosa preguntando si podía por favor decirle dónde estaba la oficina de Iveth Castillo. Ese día él se ofreció a conducirla con la amabilidad típica de un caballero educado en Quebec y la acompañó hasta que, una vez con Iveth, ella los presentó. Algo pasó ese día, pues el resto de la tarde no pudo evitar pensar en ella un par de veces, aún no sabía por qué. Ahora, tantos años después, seguía pasando lo mismo.

Esa tarde de junio, mientras veía una película de James Bond para equilibrar las cursilerías inevitables de los días por venir y tomaba una copa de cóctel sentado en la sala de la villa, el sonido de las ametralladoras fue interrumpido por el de un auto acercándose a la propiedad. La vio a través de la ventana de la sala bajar del automóvil gris platinado y empezar a descargar infinidad de vestidos, una maleta y quien sabe cuántos ajueres más. Lourdes le avisó de su huída anticipada unos días antes, pero se refirió a ella como «Betina», y él pensó que sería una amiga del novio. Su cabello ahora largo recorría su espalda, los pantalones cortos de mezclilla dejaban ver sus piernas bien formadas y, a pesar de que ensayó más de una forma de saludar mientras esperaba detrás de la puerta a que tocaran el timbre, no consiguió disipar su sorpresa cuando finalmente salió a su encuentro.

Trató de hablar pausadamente para no evidenciar sus nervios, pero no pudo disimular su sorpresa, que era tan genuina como su inquietud. Levantó su maleta y la llevó directamente a su habitación, pensó que quizá debía invitarle un trago y justo entonces ella le pidió un café. Su padre estaría avergonzado de él, ¿ella había tenido que pedirle algo de beber! Tantos años ejerciendo la diplomacia en Quebec no habían servido para nada. Andrés era hijo de un funcionario del servicio exterior asignado por muchos años a Canadá y una dama de alta sociedad dominicana, había estudiado Negocios Internacionales y hablaba con fluidez el inglés y el francés. Llegó a Quebec siendo un niño, pero guardaba recuerdos agradables de las estancias de verano con su abuela materna en Santiago de los Caballeros, la segunda ciudad más importante de su país natal. Ya retirado su padre, la familia regresó al país y él hizo lo mismo al terminar sus estudios en Quebec; sus dos hermanas menores, Anne y Sophie, sin embargo, habían nacido en Canadá y habían hecho allí su vida, solo regresaban en pocas festividades; su hermano mayor, Dante, era violinista profesional y viajaba con la filarmónica de Quebec todo el año. Todos los hijos de aquella pareja, don David y doña Sonia, habían sido educados en el más fino de los protocolos, conocían cada palabra apropiada para cualquier situación inapropiada y definitivamente todos sabían las reglas de etiqueta para recibir una visita: él las había quebrantado todas!

Regla n.º 1: No hacer esperar a la gente en la puerta si ya sabemos que están allí. Espiar qué trae puesto y con quién viene no es correcto. (¿Quebrantada!)

Regla n.º 2: No se detenga a charlar en la puerta, hágales pasar y cierre la puerta. (¿Quebrantada! ¿Por poco tiempo, por suerte!)

Regla n.º 3: Preguntar si la persona desea tomar algo. (¿Quebrantada!)

Regla n.º 4: Mostrar la casa si la visita es de confianza. (¿Quebrantada!)

Había reaccionado tarde, pero al menos todavía podría mostrarle la casa y eso hizo una vez le brindó café. «¿Estoy embriagado!», pensó, ¿cómo podía haber olvidado cosas

tan elementales? Pero apenas había tomado el primer sorbo de su coñac cuando escuchó el auto llegar.

Comenz  a enmendar su error mostrándole el primer piso, siguió con el segundo y se detuvieron en el entrepiso, su lugar favorito de la casa, aquel que doña Sonia había diseñado con ilusión evocando el jardín de lo que había sido su casa por casi veinte años en Quebec. Pens  dejar los jardines exteriores como última parada del tour, considerando que la piscina climatizada era un atractivo que merecía las fanfarrias finales, pero ella interrumpió bruscamente su elaborado mapa mental cuando prefirió irse a su cuarto. Mientras bajaban las escaleras pens  en fingir indiferencia, pero una vez en la sala le coment  algo sobre salir a cenar, ella asintió y así quedaron en verse más tarde.

Puls  el botón de reanudar en su película de James Bond y unos minutos después pens  en la época en la que él también había tenido que hacer informes, se apiad  de ella y la perdon  de inmediato.

Su primer trabajo en la capital dominicana fue en aquella agencia de viajes, como encargado de los programas educativos internacionales. Pronto se hizo popular entre las chicas por su incomparable gentileza y caballerosidad, tan distinta a la actitud de los demás jóvenes. Su inteligencia era evidente y sus temas de conversación, infinitos, pero sin duda su mejor atributo era su amabilidad. All  hac a los informes, no solo de su gestión, sino que ayudaba con los suyos a los comp eros que no manejaban otros idiomas con fluidez.

Ahora corregía informes. Era profesor titular en el Instituto de Formación Diplomática y Consular. Tamb n tenía una empresa que daba servicios de traducción de documentos y de eventos. Su porte juvenil, a pesar de acercarse peligrosamente a los cuarenta, se debía a las muchas horas que pasaba nadando y jugando tenis, sus actividades deportivas preferidas. Tamb n jugaba ajedrez y disfrutaba del vino tinto si era en buena comp  a. Esa tarde, mientras llegaba la hora de cenar, record  una que otra aventura que involucraba una botella de vino y a Virginia . Se acercó un par de veces a la habitación hasta que finalmente tocó. Pasaban de las siete.

Se sentó en la sala a esperar con visible ansiedad, hasta que unos minutos más tarde vio las flores lilas y azules de su vestido asomarse al pasillo. Salieron en el carrito de golf hablando sobre el clima y entonces ella preguntó qué le parecía el novio de Iveth. Evidentemente ella no sabía que él los había presentado, así que sin abundar en detalles le dijo que lo conocía y era un buen muchacho.

La Marina estaba a cinco minutos de la villa, así que no tuvieron mucho tiempo para conversar. El recuperó algo de su cortesía característica y la ayudó a salir del carrito, pues su largo vestido se quedó atrapado en el asiento. En ese momento sus rostros estuvieron tan cerca que era difícil distinguir de lejos que no eran pareja. Caminaron juntos hacia el restaurante y la luna en cuarto menguante miraba desde lejos con curiosidad cómo una pareja y tres sombras dibujaban el suelo aquella noche de solsticio.

## Capítulo 5

La algarabía de los comensales de la mesa situada al final de la terraza era insostenible. «Hoy día todos los jóvenes son escandalosos y fuman incesantemente», pensó ella; no le dijo nada a su acompañante para no parecer antipática, pero la verdad es que estaban haciendo mucho ruido y con el paso de los minutos se integraban más chicos a la mesa bulliciosa. La vista, sin embargo, era preciosa; los lujosos yates delineaban el puerto en todo su esplendor, algunos con las luces encendidas reflejando en el agua sus estilos majestuosos. En alguno de ellos celebraban fiestas y en algún otro la desolada cubierta aguardaba ansiosa a que llegaran invitados.

Andrés interrumpió sus pensamientos cuando le preguntó si quería tomar algo.

«Una copa de vino!» Por los viejos tiempos! exclamó con energía, a pesar de que segundos después ya se estaba arrepintiendo de su atrevimiento.

«Los viejos tiempos!» Y tú piensas alguna vez en esos viejos tiempos? le preguntó él con su característico tono jocoso, pero evidentemente ávido de una respuesta.

«Me parece que han pasado mil años desde que abandonamos el tren de la juventud. Es inevitable recordar con nostalgia esas noches en la avenida hablando tonterías. He intentado recordar de qué hablabamos, pero no consigo hacerlo!, ¿tú lo recuerdas?» inquirió Virginia, mientras colocaba ambas manos en su barbilla y se inclinaba hacia Andrés con la curiosidad de una niña.

«¿Puedo traerles algo de beber?» interrumpió el mesero enérgicamente mientras les observaba expectante.

«Una botella de vino tinto, reserva. Y, por favor, traiga la bandeja de quesos como entrada» dijo Andrés al mesero y luego agregó mirando fijamente a Virginia «¿Como en los viejos tiempos!»

Ella se sonrojó y sus pensamientos viajaron nuevamente en el tiempo a una de esas noches juveniles, donde, bajo la luz de una luna llena habían caminado juntos en la Zona Colonial con un grupo de amigos, quizá siete en total. Uno de ellos, atrevido como ninguno, pasó una mano sobre su hombro y le preguntó en secreto: «¿Cuándo saldrás finalmente con Andrés?»

La tomó por sorpresa; no era algo que ella hubiera pensado responderle a él y solo le dijo: «¿Cómo puedo responderte a ti lo que no me han preguntado ni siquiera a mí?» «¿Qué te hace pensar que Andrés quiere salir conmigo?» Su amigo sonrió y dijo para sí, aunque ella pudo perfectamente: «no cuélgas de los dos estás más despistado» y siguió caminando con el grupo. Eso la dejó pensando el resto de la noche y no volvió a mirar a Andrés con los mismos ojos. Habían salido muchas veces juntos, pero la multitud que siempre los acompañaba era la protagonista principal de todos sus encuentros, y no ellos. Sin embargo, esa noche comenzó a pensar seriamente si el comentario de Osvaldo había tenido algo de sentido. Esa noche las cosas comenzaron a cambiar, y por primera vez en los meses que llevaban conociéndose, pensó en Andrés con la curiosidad de quien investiga un misterio digno de Agatha Christie.

La bandeja de quesos llegó antes que el vino y el *maître* abordó la mesa apresuradamente pidiendo disculpas en nombre del camarero y se llevó al pobre chico que, con rostro de confusión indescriptible, sostenía tembloroso la bandeja, mientras intentaba pedir disculpas también, aunque no sabía exactamente el motivo. Virginia no contuvo la risa y Andrés la contempló divertido, a la vez que recibía nuevamente al *maître* que estaba de regreso con el vino, que descorchó ceremoniosamente. Hicieron el primer brindis y unos minutos después el mundo a su alrededor parecía haber desaparecido. Ya no se escuchaba el bullicio de los jovencitos de la mesa del fondo. La bandeja de quesos de repente ya estaba en la mesa y ninguno notó cuándo la habían traído, la botella de vino llegaba a sus últimos instantes de vida y ni siquiera habían recordado ordenar la cena, estaban ensimismados el uno en el otro, hablando tan bajo que apenas

entre ellos podían escucharse. En algún momento pidieron otra botella de vino y una bandeja de antipastos, siguieron hablando, riendo y brindando hasta que el camarero despistado interrumpió con la voz agónica de aquel que espera un regalo para avisarles que la cocina iba a cerrar y que si iban a ordenar algo de cenar debía ser en aquel momento. Virginia se extrañó por el comentario y levantó la vista para notar que la suya era la única mesa ocupada del restaurante y que casi todas las luces estaban apagadas. Por alguna razón habían pasado más de tres horas y no habían ordenado ni siquiera la cena. No tenían hambre y coincidieron en pedir la cuenta, mirándose con complicidad y a punto de estallar en risas, salieron minutos después del restaurante a punto de alcanzar la medianoche.

«Sonia está aquí en el puerto, ¿la quieres ver?» dijo Andrés con tono galante mientras caminaban por La Marina en dirección al carrito de golf.

«¿Sonia? ¿Y por qué querrá yo verla?» dijo Virginia en tono sarcástico, intentando disimular un repentino ataque de celos.

«¿No te gustan los yates?» dijo él sonriendo y percibiendo, feliz, que había logrado molestarla.

«A veces puedes ser tan...! Argghhh!» le dijo ella, molesta cuando entendió que se refería al yate de sus padres, que se llamaba igual que su mamá: Sonia.

«Ja, ja! ¿Estabas celosa?» le dijo mientras la tomaba del brazo y la conducía de vuelta a La Marina, de camino al bote.

La noche de solsticio definitivamente sería larga. La luna susurraba en el cielo un poema de amor, la música de un grupo de jazz emergía entusiasta desde uno de los yates vecinos y Andrés y Virginia caminaron juntos como tantas veces, pero solos por primera vez.

## Capítulo 6

Aquel sueño la había despertado otra vez. Sudorosa y respirando afanosamente se puso de pie y quiso correr a la cocina pero recordó que no era su casa. «Hay agua en la jarra del escritorio», pensó, y fue a buscarla, tomó un sorbo y recuperó el aliento. Eran las tres de la madrugada.

Recapituló la noche poco a poco y pensó que apenas haría media hora de su regreso de La Marina con Andrés. Se separaron en la puerta de su cuarto, no porque ella quisiera, pensó en ese instante, sino porque probablemente ninguno de los dos se atrevió a proponer un arreglo distinto para dormir. La habían pasado fenomenal en el yate, donde encontraron una botella de vino más y siguieron hablando de los viejos tiempos hasta que la música de jazz de la fiesta vecina se apagó y pensaron que era hora de volver. La corta distancia de La Marina a la casa hizo más fácil conducir el carrito, pero a la hora de encontrar la llave para abrir la puerta, las risas no se hicieron esperar y ambos parecían chiquillos traviesos burlándose de la situación. Virginia recordó que alguno de los dos sugirió ir a la piscina, quizás; ¿Traía puesto el traje de baño y no la pijama! Y entonces recordó que por eso se habían separado en la puerta, porque se reunirían en unos minutos en el jacuzzi. ¿Cuánto tiempo había pasado? Solo sabía que había tenido aquel sueño, por tanto, se había quedado dormida al menos unos minutos. Tomó otro sorbo de agua y aún aturdida por el vino decidió lanzar una mirada al patio para saber si él estaba allí esperándola. El traje de baño negro y de una sola pieza cruzaba en tirantes su espalda y dejaba al descubierto un escote discreto, pero escote al fin. Tomó un chal del mismo color que descansaba en la silla del escritorio, se envolvió en él y atravesó el pasillo. Lo vio saliendo de la cocina con un gran vaso de agua en la mano, su bañador azul y una toalla blanca colgada al cuello, estaba mojado, por ende había estado en el agua. Él la miró con cara de sorpresa y le dijo:

«Ya iba de vuelta a la habitación, ¿piensas que te has arrepentido de ir a la piscina!»

«Pues la verdad es que me quedé dormida unos minutos, pero sí que me hace falta entrar al jacuzzi y con agua muy caliente, así que vamos» dijo Virginia pensando en olvidar la desagradable sensación que le dejaba tener aquel sueño, justo cuando todo parecía haber sido olvidado.

«¿Más vino?» preguntó Andrés riendo a sabiendas de que ya habían tomado demasiado.

«No es de princesas tomar de más;» le respondió Virginia guiándole un ojo y quitándole el vaso de agua para beberse ella.

Andrés se dio vuelta entornando los ojos mientras pensaba en lo mucho que le gustaba la idea de quedarse con ella en la casa. «¿Qué importa!», pensó; «¿Quizá le gustaría quedarse con ella para siempre!»

Virginia se deshizo del chal y entró al jacuzzi que burbujeaba incesante. El olor a lavanda impregnaba el ambiente y el agua tibia acariciaba con ternura su cuerpo. Se sumergió por unos agradables segundos que quiso hacer eternos y, cuando salió a la superficie, Andrés ya estaba entrando al agua. No pudo evitar el sobresalto y el grito ahogado que llegó con él, provocando las burlas de Andrés por su «valentía».

«No esperaba verte de repente. ¡Me asustaste! ¡También hubieras gritado!» dijo ella en tono defensivo. Y agregó, cambiando drásticamente el tema: «¿Por qué el agua huele a lavanda?»

«Mi mamá insiste en poner sales aromáticas cuando viene a meditar. Han de haberse quedado por allí» mintió Andrés; era él quien las usaba para meditar.

«Pues el gusto de tu mamá es impecable. ¡Amo la lavanda!» dijo ella, mientras se sumergía otra vez.

Andrés se sumergió también y tomó un largo y profundo respiro mientras se decía a sí mismo que había llegado el momento que por tantos años ambos habían procrastinado.

Virginia lo sintió moverse a sus espaldas y rodear con sus manos su cintura, no sabía si quedarse sumergida o salir, en pocos segundos ya no tendría que decidirlo y, aunque no estaba segura de si ella había emergido o si él la había sacado, lo cierto es que ahora la mitad de sus cuerpos estaba debajo del agua y la otra mitad estaba fuera. Ella esperó impaciente y callada, pues estaba de espaldas. ¡Ah!, sin soltar su cintura, la giró muy despacio en el agua hasta que finalmente quedaron frente a frente. Las burbujas reventaban estrepitosamente por todas partes y bajo la luna del solsticio, Andrés se inclinó hacia Virginia y la besó en los labios, primero con ternura y luego con la pasión de un amor colegial. Virginia pensó que seguía sumergida por completo en el agua. Sentía cómo sus cuerpos se acercaban hasta querer ocupar el mismo espacio, y sus manos, controladas por una fuerza superior a ella, subieron hasta alcanzar el rostro de Andrés. Sus cuerpos se enlazaban como imanes el uno al otro dentro y fuera del agua y, por un breve instante, fueron un solo cuerpo. Mientras tanto, la luna en cuarto menguante sonreía satisfecha.



## Capítulo 7

Diez años atrás, el ambiente festivo de diciembre inundaba el ambiente tal y como ahora con prematura anticipación. Las luces y guirnaldas navideñas comenzaban a adornar las principales avenidas, a pesar de que el mes de octubre no había terminado. Como cada viernes, Andrés pasaba a recoger a Virginia a su casa y enseguida se dirigieron a encontrarse con Marcelo, un amigo y excompañero de estudios de Andrés, que lo había ayudado a conseguir su antiguo puesto en la agencia de viajes y había sido su apoyo en esos meses en los que recién abrió su empresa de traducciones. Se conocían desde hacía muchos años y habían compartido en múltiples ocasiones, sobre todo cuando acababa de llegar de Canadá.

Marcelo, extrovertido y brillante como pocos, ya era buen amigo de Virginia, pues la conocía gracias a Iveth, con quien trabajaba en la agencia. Pero no fue sino hasta que Andrés se integró al grupo que pensó en lo genial que era la compañía de Virginia para tomar vino tinto los viernes en los parques de las grandes avenidas.

Esa noche Andrés bromeó con ella al recogerla pasadas las siete y hablaron de un viaje que pronto haría todo el grupo a la playa. El teléfono de Virginia timbraba con desesperación mientras hablaban y, a pesar de que ella lo miraba e ignoraba la llamada, Andrés insistía para que lo levantara, pues alcanzaba a ver el nombre del interlocutor y moría de curiosidad. La situación se prolongó toda la noche, pues su exnovio, realmente enamorado, se negaba a dejarla ir y ella finalmente apagó en algún momento el celular. Llegaron a encontrarse en el parque de siempre, y, como siempre, Andrés sacó del baúl la botella de vino, las copas y el descorchador. En aquella época, Virginia trabajaba en el departamento de ventas de una constructora turística, había dejado a su novio de dos años porque ya no quería casarse con él, y exploraba la desconocida y emocionante sensación de sentarse a tomar vino con dos hombres que no eran nada más que sus amigos.

La primera vez que Marcelo la llamó para una de estas aventuras, era ya tarde en la noche y cuando vio su número en el identificador de su celular, vestía su pijama. Se acostumbraba a sus primeras semanas sin novio y las llamadas nocturnas que recibía solían ser del pobre desdichado pidiendo que lo pensara mejor, así que cuando vio que no era él, tomó la llamada enseguida. Un escandaloso y evidentemente tomado Marcelo se escuchaba del otro lado en medio de la música diciendo: «¡Te vamos a pasar a buscar, Andrés quiere salir contigo!». Su corazón latió violentamente, y no alcanzaba a entender con claridad el mensaje, no sabía qué significaba aquello y le respondió que ya era tarde y que estaba en pijama.

Ese fin de semana, aquella llamada fue el plato fuerte de conversación con Iveth y Gabriela, sus mejores amigas. Quizá Osvaldo tenía razón después de todo y Andrés sí quería salir con ella, quizá era Marcelo quien realmente quería salir con ella, ¡todo tenía tantas aristas en su cabeza! Tuvo que esperar al viernes siguiente, esta vez comieron juntos, como solían hacer a veces en una plaza cercana al trabajo de ambos, y Marcelo le dijo que saldrían a las siete. Ella dijo que sí.

Y a partir de aquel viernes esas salidas se hicieron una costumbre solo interrumpida por causas mayores o por salidas en grupos más grandes. La pasaban muy bien los tres hablando, riendo y, al llegar la medianoche, saliendo a buscar algo de comer. Ya lo habían hecho un par de veces y con el tiempo empezaron a integrarse al grupo otros amigos de Virginia, así que la noche de Navidad, Andrés y Marcelo estuvieron bailando hasta el amanecer con ella y sus amigos, en una noche que, aunque memorable, no todos podían recordar con claridad. Era un grupo realmente divertido y la pasaban bien, el coqueteo era infinito entre ellos dos, pero nunca que ellos recordaran haber pasado de puro coqueteo.

Y aquella noche, mientras tomaban su botella de vino, ella descubrió algo en su mirada que no podía descifrar. Quería arrancar las palabras de su boca, pero no podía. Moría por

entrar en su cabeza, pero le preocupaba delatarse. Una doncella no puede permitirse revelar sus sentimientos jamás. Y cuando Andrés la llevaba de regreso a casa con el respeto y formalidad que lo caracterizaban, Virginia tuvo que luchar contra viento y marea para no preguntarle qué sentía por ella; quizá, de haberlo hecho, las burbujas de lavanda hubieran reventado diez años antes.

Todos esos recuerdos pasaban por su cabeza cuando el agua tibia del jacuzzi comenzó repentinamente a tornarse fría como hielo, las burbujas de lavanda dejaron de reventar y las luces que iluminaban el fondo de la piscina de un tono azul brillante se apagaron. El resto de la casa seguía iluminado, pero todo el patio permanecía a oscuras. Ocurrió de pronto y no tuvieron más alternativa que salir del agua, pues la temperatura bajó tan de prisa que parecía que todo iba a congelarse. Andrés pensó que algo se había descompuesto y quiso ver los interruptores, pero Virginia le advirtió que dejara a los expertos electricistas que vinieran en la mañana a revisar y sugirió entrar a la casa.

Las nubes comenzaron a ocultar la luna que minutos antes les sonreía y se desató una tormenta eléctrica que transformó el romántico escenario anterior. Se acurrucaron envueltos en las toallas en el sofá de la sala para calentarse y ninguno se animó a iniciar la conversación, así que se quedaron simplemente allí, recostados uno en el otro hasta que finalmente Andrés habló, pero ella ya estaba dormida. Así que se recostó otra vez y allí les encontró la mañana.

## Capítulo 8

El avión aterrizó unos minutos antes de lo pautado en el aeropuerto de Santo Domingo. La escala en Nueva York había sido más larga de lo planeado porque se averiaron los sistemas de transporte automático del equipaje y estaban subiéndolos manualmente. La estancia en Quebec había sido corta pero agradable, sus sobrinas habían resultado ser tan adorables como en las fotografías que enviaba a la familia su hermana Sophie. La novedad de las gemelas recién nacidas había movilizó a toda la familia a Canadá por unas semanas, interrumpiendo los planes de Andrés para el mes más festivo del año. Partieron a principio de diciembre a Quebec para conocer las niñas y compartir juntos la Navidad y el fin de año, sin embargo a mediados de mes, con la excusa del cierre contable de su recién formada empresa de traducción, Andrés anunció que regresaría al país antes de las fiestas.

Ante las protestas de su madre, la conformidad de su padre y la indiferencia de sus hermanas, tomó el avión de regreso y en todo el viaje solo pudo pensar en ella y en el momento en que se encontrarían otra vez, en sus noches de vino tinto y ruido ciudadano. Quizá ahora lograría que no estuviera Marcelo, o el resto de personas que solían aparecer de la nada justo cuando hubiera querido hablar a solas con ella. Pensó que tal vez no había hecho lo suficiente para que ella notara su interés más allá de la amistad, pero eso definitivamente iba a cambiar. Ya estaba soltera. Aunque su teléfono no dejaba de sonar y ella contestaba; no siempre, pero a veces contestaba. Quizá aún quería volver con aquel novio impertinente. Durante las siete largas horas de vuelo pensó en muchas cosas, ninguna tenía que ver con la contabilidad de su compañía.

El capitán hizo el anuncio de bienvenida a la ciudad, seguido del aviso de que los mantendría en pista unos minutos esperando una puerta disponible, ya que se habían adelantado. La noche se deslizaba sigilosa por la ventana y pensó aprovechar que no era tarde para llamarla; no habían hablado ni siquiera por correo electrónico durante los diez días que había estado en Quebec, así que el sonido de su voz sería más que suficiente para sus oídos. Y es que, en la soledad de la nieve que arropaba el paisaje, visto desde el jardín delantero en casa de su hermana, comprendió que la extrañaba demasiado y, aunque volver significaba pasar por primera vez la Navidad lejos de sus padres, cuando llegó el viernes y su madre le pidió descorchar el vino, decidió que descorcharía la próxima botella con Virginia.

El celular repicaba incesante con la canción de apertura de *El Fantasma de la Ópera*. Pasaban unos minutos de las nueve de la noche de aquel domingo de diciembre y Virginia preparaba su ropa para ir a trabajar al día siguiente. Sintió la más que suficiente de su obra de teatro preferida inundar apasionadamente la habitación y miró la pantalla. Sorprendida de ver el nombre de Andrés Nova en su identificador, pulsó con creciente curiosidad el botón para contestar:

### ¿Sí?

### ¿Sí? ¿es la forma de contestar en estos días?

### ¿Llegaste? preguntó una desconcertada Virginia.

### Casi no bajé del avión, pero sí... dijo Andrés mientras escuchaba el intercambio de las azafatas indicando que habían aparcado el avión y podían salir.

Como su asiento estaba en primera clase lo invitaron a salir recordándole que debía abstenerse de usar el celular en el área de migración. Se puso de pie para tomar su equipaje del maletero superior, mientras intentaba sostener el celular con su hombro para no interrumpir su conversación.

### ¿De verdad estás todavía en el avión? continuaba con incredulidad Virginia, que escuchaba las bocinas dando los avisos mientras hablaban.

### Por qué te sorprende? le dijo él, sin saber aún el origen de tan repentina valentía.

Ya caminaba hacia fuera y empezaron a aparecer las señales de prohibición y no tuvo más remedio que decirle que volvería a llamarla desde el automóvil.

Transcurrió una hora completa desde la primera llamada hasta la segunda. Durante esos sesenta minutos de confusión, Virginia marcó a su amiga Iveth, que a su vez puso en la línea a Gabriela y empezaron a elaborar teorías del significado de lo que había pasado. La primera vez que hablaron de eso, cuando la llamó Marcelo, quedaron mil dudas por aclarar, esa noche habían quedado despejadas. Definitivamente Andrés estaba locamente enamorado de Virginia, no había dudas. Llamarla apenas había aterrizado su avión era la forma más sutil y a la vez exagerada de demostrarlo; decirlo hubiera sido más fácil, pensó Gabriela, ya que, en su opinión, ese gesto había que pareciera desesperado.

Por varios minutos solo hablaban Iveth y Gabriela, mientras ella esperaba a que sonara *El Fantasma de la Opera* nuevamente. Cuando eso finalmente pasó, le tomó menos de cinco segundos decirles a las chicas que las llamaría después.

«¿Disculpa! Ni siquiera vi bien la hora, apenas acabo de salir y me espera Marcelo. ¡No debí llamarte tan tarde!

«¿No!, ¡estás bien! Es decir, estaba despierta!» «Y cómo te fue? ¿Pensaba que regresarías después de algo nuevo!

«Sí-, pero tenía que resolver algunos asuntos de la empresa. Alcanzo a ver a Marcelo, ¿crees que podremos almorzar juntos mañana?

«Sí-, claro!» Me alegra que hayas regresado» «A salvo, quiero decir, ¿qué descanses! Mañana me avisas para coordinar» dijo Virginia, algo decepcionada de tener que colgar.

Se despidieron. Un impaciente Marcelo esperaba a su amigo para entender los detalles del anticipado regreso y ahora también quería saber con quién venía conversando en el celular si apenas acababa de llegar.

«Le avisaba a mi mamá que ya estoy aquí» mintió, ante la insistencia de Marcelo.

El cielo comenzó a nublarse y ocultó la tenue luz de la luna en cuarto menguante. Llovía en la ciudad

## Capítulo 9

El aviso de tormenta se extendió ese lunes a toda la isla y lo que empezó como una leve llovizna aquel domingo de diciembre del año dos mil siete se convirtió en la Tormenta Olga. El fenómeno atmosférico dejó catorce muertos en la República Dominicana, más de treinta mil personas damnificadas y daños en miles de casas. Además de múltiples poblados incomunicados, los estragos de las lluvias que iniciaron el lunes y se prolongaron por setenta y dos horas, impidieron también el encuentro esperado por Virginia y Andrés.

La ciudad se tornó intransitable durante varios días y cuando finalmente se restablecieron las comunicaciones, las prioridades de todos habían cambiado y el trabajo acumulado durante los días no laborables impidió que ese viernes retomaran la rutina.

Cora Gibson, la asistente personal de Andrés, tomaba las llamadas de Virginia a la oficina, algunas veces anotaba sus mensajes y otras simplemente olvidaba entregarlos. La chica era una rara excepción en el mundo de las rubias; hablaba cinco idiomas con apenas veintitrés años, aunque, además de anotar algunos mensajes, recibía los pedidos de clientes y se encargaba de las traducciones más sencillas. Era hija de una pareja canadiense, buenos y viejos amigos de sus padres. Pasaron juntos muchas navidades en su niñez, y a pesar de que era apenas cinco años menor que él, la seguía viendo como la niña de ojos azules y larga cabellera rubia que siempre jugaba con sus hermanas. Cuando ella llegó a pedirle trabajo recién graduada de una licenciatura en Lenguas Extranjeras, le parecía extraño que, siendo su padre el gerente general de una multinacional canadiense, acudiera a su microempresa de traducción. Era un gran recurso, así que no dudó en darle el puesto, no sin antes aclararle que la paga era modesta. Sabía de su inteligencia por los elogios que su madre no cesaba de expresar cuando quería reprocharles algo a sus hermanas y más de una vez doña Sonia había insinuado que Dante debía salir con ella, pues como era políglota podría acompañarlo en sus giras con la filarmónica sin sentirse fuera de lugar. Dante solo contestaba a estos comentarios que: «Ya suficiente hablan las mujeres que conocen una sola lengua! De solo pensar cuánto hablaría una que puede hacerlo en cinco lenguas, ya estoy agotado!».

Bromeaba, por supuesto. Cora era bailarina clásica de la academia de artes de Quebec antes de que la empresa donde trabajaba su padre lo escogiera para abrir sus oficinas en Santo Domingo y se mudaran. Se veían con alguna frecuencia y en más de una ocasión quiso invitarla a salir; en una época, durante las clases de verano, salía de clases al atardecer y esperaba unos minutos en un banco al pie de las escaleras a que saliera ella. Cora vestía siempre el uniforme de leotardo negro y mallas rosa, parcialmente ocultas por un tutú de igual color, atado a su minúscula cintura. Solía desatar su copiosa cabellera justo antes de bajar las escaleras, y la dorada melena recorría la espalda, apenas cubierta, hasta alcanzar el lazo de su tutú. Ella sabía que aquel ritual atraía las miradas de más de un estudiante, y sabía también que uno de ellos era Dante. El problema era que lo conocía por sus romances veraniegos, primaverales y en fin! Ninguno duraba más de una estación.

La idea de tener que verlo en Navidad, cuando era seguro que para otro año ya tendría otra novia, desechaba cualquier esbozo de debilidad ante sus propuestas seductoras. Así que por mucho que Dante insinuara sus intenciones, ella siempre le dejó claro que no estaba interesada en lo absoluto. No había sido sencillo, porque definitivamente él era un gran partido. Su cuerpo bien formado, producto de años practicando la natación y su abundante cabello negro llevado a los hombros eran solo unos pocos de sus atractivos. Era el mejor violinista de la academia; sus solos eran apasionados y brillantes y los rumores de que la filarmónica pronto lo contrataría para sus giras internacionales habían elevado su popularidad al cielo. Pero Cora, pese a su juventud, era determinada en sus decisiones y no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

Así que los comentarios de doña Sonia no eran totalmente desacertados; sin embargo, con tanta atención, Dante no perdería la cabeza por tener una damisela menos en su creciente colección y, con el tiempo, la descartó como pareja y siguieron siendo amigos. Cora, por otro lado, pasó la mitad de su adolescencia lanzando indirectas al «hermano bueno», como solía llamar a Andrés cuando hablaba de él con sus amigas de la academia. Pero se veían solamente en ocasiones especiales, pues Andrés no contaba las artes como una de sus pasiones y las horas libres las pasaba en la cancha de tenis o en la piscina. La pobre chica hacía visitas improvisadas a la casa Nova con la excusa de practicar el *arabesque* de la próxima función con Anne y Sophie, ambas compañeras de clase; sin embargo, pasaba más tiempo interrogándolas sobre la última conquista amorosa de Andrés, que casi nunca estaba en casa.

Andrés nunca notó, en los años previos a que trabajaran juntos, el creciente interés romántico de Cora por él. Pero, en fin, él había demostrado que no tenía buena intuición en el amor. Es por eso que cuando finalmente ella lo invitó a salir sin preámbulo alguno el viernes posterior a la tormenta, la sorpresa se dibujó en su rostro y se preguntó en qué momento se habría convertido esta chiquilla en una adulta.

Desconcertado, usó la vieja excusa de un compromiso previo para desanimarla y, luego de convencerla de forma cariñosa de bajar de su escritorio, continuó trabajando en su computadora mientras ella se alejaba a su puesto con una sonrisa en los labios y la convicción de que en poco tiempo lo tendría a sus pies. La sorpresa de la repentina invitación dejó a Andrés pensando en otros temas y por unos minutos dejó de preguntarse el porqué de su silencio.

El fin de semana, Marcelo sugirió ver una película de terror en su casa para levantar los ánimos tras la tormenta. Todo el grupo hizo acto de presencia y más de diez amigos estaban reunidos para ver la cuarta entrega de *El Juego del Miedo*, estrenada hacía un par de semanas en el cine y disponible en copias clandestinas gracias al amigo de un amigo de Marcelo.

Iveth y su prometido llegaron temprano, Gabriela y Osvaldo que ya llevaban un par de meses saliendo juntos se unieron poco después. A la primera oportunidad, Iveth se acercó a Andrés que, sentado en el sofá con una copa de vino, conversaba con Marcelo sobre lo ocurrido con Cora.

«¿Interrumpo?» preguntó ella, sentándose al lado de su amigo y antes compañero de trabajo.

«¿Nunca!» dijo Marcelo, poniéndose de pie para abrir la puerta, que sonaba a pocos pasos de ellos.

«¿Y tú? ¿Has hablado con Virginia? ¿Sabes a qué hora viene?» inquirió Andrés, con un tono de fingida indiferencia al dirigirse a Iveth.

«Su teléfono celular se descompuso con la tormenta y anoche, que hablé con ella, aún no lo habían reparado. ¿De verdad no han conversado ustedes dos?» preguntó Iveth, mientras observaba su reacción atentamente, pero él no estaba poniendo atención.

Su mirada se dirigió a la puerta, por donde hacía su entrada Virginia, en un inolvidable vestido rojo, corto y de falda ancha, que dejaba al descubierto sus piernas lindas y bien formadas. Su cabello corto se agitaba con soltura mientras giraba la cabeza de un lado a otro saludando con un beso a todos y dejando discretas marcas de su labial rojo rubí en más de una mejilla. Cuando finalmente llegó al sofá tuvo que sostener su falda para agacharse a saludar a Iveth y luego a Andrés, que se apresuró en ponerse de pie, como le habían enseñado sus padres que se hace cuando una dama entra al salón.

Se encontraron a medio camino y sus rostros quedaron muy cerca, demasiado cerca. La película ya iba a comenzar.

## Capítulo 10

Las gotas de sudor comenzaron a empapar su frente y minutos después la escuchó gritar ahogadamente: «¡Suéltame!». La tenía ligeramente abrazada y pensó que se dirigía a él. Levantó su brazo y notó que seguía dormida; evidentemente estaba teniendo una pesadilla. Segundos después despertó por completo, visiblemente angustiada y ajena todavía al lugar donde se encontraba: los brazos de Andrés.

Un impetuoso sol se colaba por las cortinas y con él una brisa ligera que las agitaba esporádicamente; no cerraron las puertas de cristal que daban acceso al patio trasero. Ambos se incorporaron sin saber exactamente qué decir.

«Hace calor hoy. Buenos días», dijo ella, interrumpiendo el silencio.

«¡Buenos días! Haré café». Respondió él, poniéndose de pie, no sin antes besar su cabeza, preguntándose qué habría estado soñando minutos antes.

Virginia aprovechó para correr a su cuarto. Vestía la misma toalla y el traje de baño de la noche anterior, así que se dio una ducha. El agua fría recorrió su espalda y la espuma de baño con aroma a lavanda trajo de vuelta las imágenes de la noche anterior. Salí de la ducha y se envolví en una elegante bata de baño blanca que colgaba de la puerta. ¿Qué habría pasado con el jacuzzi? Se preguntó mientras cepillaba sus dientes. Secaba su cabello cuando lo escuchó tocar anunciando que el café estaba listo.

«¡Puedes pasar!», dijo, mientras salía del cuarto de baño. Miró el reloj en el escritorio, apenas y marcaban las ocho de la mañana, si acaso habrían dormido unas tres o cuatro horas.

«¡Café!», exclamó Andrés extendiéndole una de las dos tazas azules que traía en la mano.

«Gracias, me hace falta. ¿No dormimos mucho, verdad?», dijo Virginia con una sonrisa involuntaria dibujada en los labios.

«Pues yo considero que tú dormiste bastante. ¿Tienes planes hoy?», preguntó Andrés, bajando por unos instantes la mirada.

«Pues, déjame ver. Primero que nada, tengo que recordarte que llames al electricista. Y luego desayunar! Muero de hambre!», respondió Virginia tomando un sorbo de café.

Los separaban solo un par de pasos y Andrés los redujo cuando rodeó su cintura con su mano libre, la atrajo hacia su pecho y besó sus labios con ternura por apenas unos segundos.

«Huele a lavanda», le dijo él mientras acariciaba su espalda.

«Huele a café», le respondió ella mientras lo empujaba fuera de la habitación para cambiarse.

Quedaron en verse unos minutos después para desayunar juntos. Virginia no podía creer lo que estaba ocurriendo en aquel momento, no es que en realidad hubiera pasado algo extraordinario, apenas se habían besado, pero lo que sentía cada vez que él la tocaba era algo que hacía muchos años no experimentaba. Su corazón latía como el de una quinceañera entusiasmada con su primer amor y parecía insensato hasta para ella, una empedernida romántica que guardaba un ejemplar en capa dura de *Orgullo y Prejuicio* en su mesita de noche.

Aprovechó para escribir un mensaje a su hija Noelia, que pasaba las vacaciones en Sídney, Australia, con su padre y abuelos paternos. Estar lejos de ella por todo un mes al principio le resultó una agonía, pero era consciente de que no tenía derecho a anteponer sus intereses a los de su hija y Dios sabía que su exmarido ya sufría bastante con no poder estar con la niña todo el tiempo.

Su matrimonio duró casi cuatro años, Noelia tenía dos cuando Virginia decidió poner fin a la relación, ahora la niña tenía cuatro. Nunca quiso irse a vivir a Sídney con el padre de su hija; no era parte del trato. Tal vez nunca lo amó lo suficiente como para dejarlo todo por él, que

la amaba demasiado y sÃ habÃa dejado su familia y su paÃs por ella. Noah era el representante de una universidad australiana que auspiciaba un programa de becas. Pasaba al menos la mitad del aÃ±o trabajando con las solicitudes, evaluaciones y entrevistas de los candidatos. En ocasiones impartÃa charlas motivacionales a los estudiantes de la universidad local que fungÃa como socio estratÃgico. AsÃ se conocieron. Virginia acompaÃaba a Iveth a una de las charlas, pues se habÃa divorciado hacÃa poco y estaba deseosa de alejarse de todo y de todos. A unas semanas de finalizar la maestrÃa en negocios que cursaban juntas, vieron el anuncio de la charla y entraron a oÃrlo.

El apuesto australiano llevaba el cabello largo y rubio sostenido en el cuello con una liga, a pesar de que algunos mechones se resbalaban y colgaban sobre sus pÃmulos definidos y bronceados. Llevaba una camisa blanca que solo llegaba al antebrazo, sus vaqueros azules combinaban con sus ojos y las botas negras parecÃan adecuadas para cualquier escenario menos para el de una charla sobre becas universitarias para postgrados y doctorados. Â« Â¡Australiaâ#!Â», habÃa susurrado Iveth dando un codazo a su compaÃera, que recordÃ³ aquello mientras escribÃa el mensaje para Noelia en su telÃfono y veÃa la foto de su exmarido en el perfil.

Fue un encantamiento a primera vista para ambos. La quÃmica no se hizo esperar y una extrovertida Virginia levantÃ³ la mano varias veces para hacer preguntas. Su amiga la desconocÃa por completo; estaba coqueteando descaradamente con Â©l, la misma que meses antes habÃa sido incapaz de impedir que el amor de su vida se casara con otra. Los nueve meses que durÃ³ el noviazgo parecieron una eterna luna de miel, con las interrupciones necesarias de sus regresos a SÃdney, el resto del tiempo lo pasaron juntos.

Cuando se casaron, sus familias tenÃan distintas opiniones acerca de dÃnde debÃan vivir, pero todos coincidÃan en algo: era decisiÃ³n de la pareja. Para ella, Australia siempre fue un destino al que ir de vacaciones; allÃ pasaban algunas semanas, cuando las vacaciones de su trabajo se lo permitÃan. Eso no cambiarÃa, ya se lo habÃa dicho muchas veces, y Â©l lo habÃa aceptado. Pero cuando naciÃ³ Noelia, todo se complicÃ³, Â©l querÃa llevar a la niÃ±a a SÃdney cada vez que debÃa viajar por su trabajo durante un mes. Â«EstarÃ bien con mis padres, mientras estoy en la universidadÂ», decÃa Â©l. Â« Â¡Donde estÃ mi hija, estoy yo!Â», decÃa ella.

Finalmente, luego de casi dos aÃ±os de discusiones, a Noah le ofrecieron una vicerrectorÃa en la universidad. Era una tonterÃa negarse, pues el programa de becas cerrarÃa ese aÃ±o y profesionalmente la oferta era un gran honor. Pero el puesto era en SÃdney y a tiempo completo; ella se lo hizo fÃcil y le propuso el divorcio, acordaron amigablemente la custodia compartida de Noelia y, poco a poco, ella aprendiÃ³ a desprenderse de la niÃ±a por algunos dÃas, en ciertas Â©pocas del aÃ±o. Desprenderse de Â©l fue mÃs fÃcil, quizÃ demasiado. Se dejÃ³ llevar por una emociÃ³n y se casÃ³ con Â©l sin amarlo; lo apreciaba, eso estaba claro, pero como a un gran amigo. En cambio, claramente Â©l estaba mucho mÃs enamorado y, a pesar de que en las parejas siempre habrÃ uno que quiera mÃs, si uno ama pero el otro solamente quiere, es obvio que al final alguien saldrÃ innecesariamente herido. Ella aprendiÃ³ por experiencia.

EsperÃ³ una respuesta a su mensaje; le llegÃ³ una fotografÃa de su hija en la playa, luego un video de la niÃ±a enviÃndole un besoâ#! Luego Â©l le enviÃ³ un beso. Afuera, el sol brillaba con nitidez apoderÃndose con su luz de todo el cielo. ComenzÃ³ a vestirse.



## Capítulo 11

Villas Paraíso estaba cuidadosamente clasificado en residenciales que respondían a los siete colores del arcoíris y no había más de treinta villas de cada color. La villa de la novia y las que habían rentado los invitados estaban en Paraíso Azul. Muy cerca de allí estaba Paraíso Cian, donde los huéspedes podían disfrutar de la playa y los salones para actividades.

En Paraíso Violeta estaban La Marina y el centro de actividades nocturnas, que, a pesar de tener poca actividad en días de semana, desde los viernes se convertía en una fiesta desde la tarde hasta el amanecer, una fiesta que muchas veces continuaba en Paraíso Cian. El resto de los colores eran residenciales con villas para huéspedes e instalaciones deportivas y recreativas comunes. La villa de los padres de Andrés estaba en Paraíso Naranja.

El jueves se dibujaba radiante. En una villa de Paraíso Azul, una impaciente novia intentaba comunicarse sin éxito por el celular con su dama de honor. El ensayo sería en unas horas y necesitaba hablarle, ni siquiera sabía si estaría a tiempo en Las Galeras. La villa de invitados estaba rentada desde el viernes y quería decirle que esa noche podía dormir con ella, pero no lograba localizarla.

En el comedor, a unos pasos de la novia, Lourdes movía cielo y tierra para conseguir a todos los miembros del cortejo antes de las cuatro de la tarde en la playa. No era su primera boda, pero sí era la primera en Villas Paraíso y tenía que quedar perfecta. Preparaba los guiones para la tarde, cuando escuchó a Iveth dejando un mensaje quejándose de su dama de honor y se acercó con curiosidad.

—¿Pero estás llamando a Betina? Llegó ayer, no te preocupes! Tengo todo resuelto con su alojamiento! —dijo Lourdes en tono triunfal.

—¿Betina? ¿Quién es Betina, por Dios? —exclamó la novia, visiblemente irritada.

—¿Tu dama de honor, Iveth! Llegó ayer temprano con todo lo que le pedí! Está alojada con este chico que nos hace el favor de alojar a otros invitados desde mañana! —dijo Lourdes completamente confundida.

—¿Lourdes! ¿De qué hablas? ¿Mi dama de honor se llama Virginia, Virginia Duval, por Dios! ¿Vas a provocarme un ataque! —respiró ligeramente aliviada Iveth, aunque visiblemente molesta con su planificadora.

—¿Estás segura? —insistió con incredulidad la jovencita, mientras agitaba los guiones que tenía en la mano buscando el nombre que tenía anotado.

—¿Pero claro que estoy segura! ¿Acaso no voy a saber cómo se llama mi mejor amiga? —le reclamó elevando el tono de voz y preguntándose de dónde habría sacado la idea de contratarla.

Finalmente Lourdes consiguió encontrar a Virginia Duval en su lista y le reiteró a la alterada novia que estaba alojada ya en otra villa, al menos hasta que estuviera lista la suya. Cuando le dijo en qué villa estaba, se aseguró de buscar en su lista el nombre correcto del dueño, pero la novia se dio tal susto que el ataque anterior le había parecido una broma comparado con este. Corrió a la cocina por agua y le preguntó si acaso había hecho algo mal al alojarla allí.

Pero Iveth no la escuchaba. Marcaba con insistencia el número de celular de Virginia, que seguía repicando sin respuesta. Intentó llamar a Andrés, pero obtuvo el mismo resultado; pensó en correr a la villa, que no estaba lejos de la suya y se detuvo para mirar a Lourdes, que seguía sosteniendo el vaso de agua con el rostro descompuesto por el miedo.

—¿Eres una genio Lourdes! ¿No sé por qué no se me ocurrió a mí! —y se marchó escaleras arriba dejando a la chica más confundida que antes.

Iveth escribía los mensajes con la mayor rapidez que le daban sus dedos temblorosos. Por apenas unos segundos olvidó que era la protagonista de aquel fin de semana y siguió escribiendo. Finalmente su teléfono timbró.

«¿Me puedes explicar qué pasa, por favor? ¿Vas a hacer que dé a luz antes de tiempo y entonces me perderé la boda!» reclamaba con curiosidad Gabriela desde la otra línea.

«¿La chica hippie que me has recomendado para planificar la ceremonia enloqueció y los ha puesto a dormir juntos!» le decía Iveth sin poder ocultar las carcajadas.

«¿Pero, por Dios, no te entiendo nada! ¿Has escrito en el mensaje puras consonantes! ¿Creo que tus sobrinos habrán tomado el teléfono!» insistió su amiga, que por su embarazo de casi ocho meses no llegaría sino hasta el sábado.

«¿De verdad? ¿Juraba que habías escrito claramente! ¿En fin, que Lourdes ha mandado a Virginia a dormir desde ayer en casa de los padres de Andrés! Pensaba que él vendría el sábado. ¿Esta chica le cambia los nombres a todo el mundo y me dijo antes que quien llegaba el lunes era Ángel, un amigo de Gastón!» trataba de explicar con creciente emoción Iveth.

«¿¿¿No te lo puedo creer!!! ¿Pero, qué te dijo Virginia? ¿De seguro pensó que fue tu idea y te quiso matar! ¿Y esperas hasta ahora para decirme lo? ¿Si ella salió ayer pasado el mediodía!» le reclamaba con vehemencia Gabriela.

«¿Pues te diré que no he hablado con ella! Ni siquiera sabía que había llegado!» Me acabo de enterar. Como esta chica cambia los nombres a todos, me decía que lo que se necesitaba me lo había traído una tal Betina. Pensé que era su empleada o algo» continuó, excitada, Iveth.

La conversación se extendió unos minutos más y la curiosidad por saber lo que había pasado en las últimas veinticuatro horas las mantuvo en vilo a ambas un par de horas más. El sol seguía brillando con insistencia, eran las dos de la tarde y el ensayo se realizaría a las cinco. Mientras tanto, en la villa número diecisiete, dos celulares vibraban incesantemente en alguna parte del entresuelo.

## Capítulo 12

El animado joven del clima anunciaba un sol cálido durante la mañana y brisa ligera para todo el fin de semana. Lourdes respiraba aliviada porque, exceptuando el incidente del cambio de nombres que casi le provoca un ataque de nervios unas horas antes, estaba saliendo todo de maravillas. El cortejo estaba compuesto por la dama de honor, dos damas adicionales, la niña de las flores y el sobrino de la novia, que entregaría los anillos.

## **Конец ознакомительного фрагмента.**

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.